

banza ó cuando menos aplauso. Antes al contrario, las conceptúa merecedoras de un enérgico reproche. Han sido vanas, estériles; la agitación política con los tumbos de su perfidia se encargará de hacer trizas sus resultados, uno á uno, uno en pos de otro, hasta que al fin ni siquiera la vibración de su recuerdo quede en el dorso de los erizados arrecifes sobre los cuales habrán de ser atrozmente aniquilados.

No como á otros corazones entusiasman al nuestro los frutos recogidos con ocasión de la noble iniciativa recientemente efectuada en la hermana tierra salvadoreña. Ellos también se desmoronarán bajo la planta del comercialismo repugnante que en este momento inicia su merodeo fatal.

Y es mentira que el inconsistente movimiento obrero de esta ciudad haya bastado, como ingénuamente se afirma, para consolidar la unión de los trabajadores en la forma que desde tiempo se ansía efectuarla, con justo y digno anhelo. El regocijo de una noche; el regocijo instintivo de una fiesta,—en buena parte reflejo de otras que la comunidad obrera manifiesta acremente desdeñar,—no ha de reputarse halagüeño augurio de prosperidad si se considera que á más de que las intrigas estorbaron su pacífico disfrute, nada hay tan desconsolador como el criterio que ciertos compañeros invocan para justificar que tales festivales consuman los dineros escasos y duramente obtenidos que en obras mejores debieran ser gastados. Pues sostienen ellos que si no se recurre á esa especie de atractivos es de todo punto imposible lograr que los obreros se agrupen; que debe empezarse por proporcionarles motivos de placer, y que luego, en los momentos en que la alegría los hermana es cuando cabe que las ideas y los ideales enciendan sus faros para mostrarles la amplia ruta que hacia la apropiación de sus destinos ha de conducirlos. Pero mientras las ideas mismas no los impulsen; en tanto que no sean los propios ideales los que les brinden selectos deleites y les produzcan férvidos entusiasmos, toda tenta-

tiva, todo empeño, vano será como las vespertinas refulgencias, que tan sólo permiten crear la ilusión de que no va á ser negra y fría la noche que después de ellas soberanamente se distiende y lo domina todo con su soledad, con su silencio...

Más allá llega todavía el infantil imaginar de ciertos espíritus que inconcientemente, sin duda, atribuyen estupendo valor al criterio tradicional desmedrado é ilícito, que asegura no ser menester que haya determinada relación de causalidad entre el fin que se tiene en mira y el medio que para lograrlo se escoja. Manera de pensar que es normal, entre nosotros sobre todo, en materias políticas y que da origen al rimerero de morbosidades trascendentales que cada lucha eleccionaria deja pesando sobre la oscurecida conciencia nacional. Y así dicen, que mientras tenga vigor el propósito de formar la federación obrera,—propósito que nadie vacila en considerar ciertamente prolífico y aun indispensable como punto de partida de toda otra actuación eficiente del proletariado,—no importa cuál sea la clase de recursos que se adopten para provocar su advenimiento; de donde resulta que hasta se ha creído conveniente autorizar la existencia de juegos de azar en el seno del club que primero se organice. Eso es sencillamente vergonzoso. Si para obtener asistencia á una disertación, á una clase, á una lectura ó á un debate relativo á cualquier asunto es menester la previa atracción que el vicio ejerce, no vale la pena de que se concurre á conferencias, que se oigan lecciones ni que se lea ó discuta, pues los espíritus que necesitan el incentivo de la alegría insana para disponerse á emprender labores serias que requieran entusiasmo, desinterés y absoluta conciencia de su finalidad para ser llevadas á venturoso término, incapaces son y serán, sin restricción alguna, de tomarlas á su cargo inteligente, sincera y generosamente. Cuando la fortuna les sea adversa, por un capricho del cubilete maldito, ó el licor traicione la fe que las primeras liba-